

“Francisco, repara mi Iglesia que amenaza ruina”

Es difícil sustraerse al debate que inunda la opinión eclesial e incluso la pública, sobre las necesarias reformas en la Iglesia. De este asunto opinan todos, creyentes y no creyentes; hombres y mujeres, jóvenes y adultos. Está claro que estamos ante un tema que vende y compromete; ante un argumento de vida o muerte. TESTIMONIO no podía estar ausente de esta reflexión y propuesta. Ha querido hacer su aporte y provocar el de muchos.

Es bueno reconocer que no es un tema nuevo. La Iglesia, como realidad viva, siempre está en estado de renovación o, lo que es lo mismo, de conversión. Hay una expresión, que no es nueva, que reza: Ecclesia semper reformanda. Pero la providencial llegada a la sede de Pedro del papa Francisco ha despertado en muchos la esperanza de una significativa revitalización eclesial; le mueve la búsqueda sincera del Evangelio, porque no puede haber verdadera renovación de la Iglesia, sino con la vuelta a las fuentes, a Cristo. El Papa, con su estilo sencillo y directo, consigue que siempre que lo escuchamos nos llevemos en el corazón una pregunta que solo se puede responder en la intimidad. La renovación de la Iglesia no debe esperar el aplauso del mundo, sino la fidelidad a la vida que hemos recibido en Cristo.

El Concilio Vaticano II fue un momento transcendental en la historia de la Iglesia; en él se apuntó y se “montó” una reforma de la Iglesia; algunos se contentaron con una renovación y con menos que eso. No faltaron quienes vieron en el Concilio un recoger lo mejor del pasado y reponerlo en el presente. Así dejaron a la Iglesia en un presente que no tiene futuro. Es verdad que no se puede dar un paso al frente sin tener un pie bien apoyado en el presente. Pero no habrá auténtico presente si no se “enfrenta” el futuro. Ello supone reformas ya que el contexto es talmente diferente que

no se puede hacer fotocopia del pasado y fotocopias idénticas para toda la faz de la tierra. Queremos vida abundante en la Iglesia. Algunos han gratificado este gran deseo y necesidad con una apuesta por una Iglesia valiente, comprometida, llena de misericordia, que vuelve la mirada a los empobrecidos de la tierra y devuelve a los creyentes la esperanza de un mundo más humano. En el fondo, se trata de culminar las reformas apuntadas desde el Concilio.

Se ha graficado esta situación valiéndose de las estaciones del año; para los que estamos acostumbrados a este lenguaje y realidad, es muy fuerte. Son no pocos los analistas de la realidad eclesial que se han atrevido a afirmar que la Iglesia estaba viviendo un tiempo invernal y que se prolongaba mucho y no se veía la salida. Yo me incluyo entre ellos. Bastantes de ellos ahora se animan a afirmar que con el papa Francisco se intuye y se afirma que estamos entrando en un tiempo primaveral. En él despierta la vida, brota la semilla, el tallo y la flor; la palabra y el gesto; brota lo nuevo. La primavera todavía no es tiempo de frutos, pero alimenta la esperanza de que estos vendrán. Se prepara el camino. El primer obispo de Roma, americano, quiere que se viva una nueva primavera en la Iglesia. Con él ha nacido un nuevo sol a la Iglesia.

Hay que reformar. Pero ¿qué hemos de reformar? ¿Qué reformas son más urgentes en la Iglesia hoy? Es la pregunta que le hicieron a la madre Teresa de Calcuta, y a la que ella respondió de manera original pero no suficiente: «Usted y yo». Al hablar de las reformas en la Iglesia no se puede pensar ni responder solo en tercera persona: «La Iglesia debe hacer...». Pero no basta con hacerlo en primera y en segunda persona: tampoco podemos identificar a la Iglesia con los que han sido puestos al frente de la misma. La Iglesia somos tú y yo, y además es un espíritu y una estructura, unas personas y una organización; tiene que ver con los tiempos y los lugares; con dinero y con espiritualidad, con gobierno y con formación, con celebración y liturgia, con leyes y con relaciones humanas. No serviría cambiar las estructuras si no cambio yo. Pero no iríamos muy lejos si cambio yo y las estructuras siguen siendo las mismas. El Papa habla de conversión pastoral; en la historia, muchos han querido reformar la Iglesia, pero solo los santos lo han logrado. Los hombres y mujeres que ofrecieron alternativa, que dieron su vida por otra Iglesia posible.

En los diferentes artículos de este número de TESTIMONIO se pone en evidencia lo que ya hace unos 30 años escribía J. W. O'Malley: "Ninguna gran institución transformará de la noche a la mañana su paradigma en algo completamente distinto... y especialmente ninguna institución tan profunda como la Iglesia católica". El Vaticano II terminó con una cierta euforia. No se intuyó que su implementación sería una empresa llena de problemas. No se sospechó siquiera que nos llegaría-

mos a encontrar en un poderoso movimiento restauracionista impulsado desde el mismo corazón de la Iglesia, desde la curia romana. El Concilio nos llamó a salvar la distancia entre la fe y la vida cotidiana. Para conseguirlo reconocía la necesidad de que la Iglesia fuera siempre cuerpo abierto que escuchase y comprendiese constantemente las esperanzas y angustias del mundo. Pero la Iglesia se convirtió en un cuerpo cerrado. Por una parte, se nos dice que tenemos que ser pastoralmente colegiales, y por otra, las estructuras de la Iglesia están retrocediendo a la forma jerárquica vertical. La contradicción se ha instalado en el proceder de la Iglesia. Por ello, en buena parte el celo misionero de la Iglesia está decayendo ya que desalienta la creatividad pastoral indispensable para el proceso refundador lanzado por el Vaticano II. Son muchas las instituciones eclesiales y sus formas de organizarse y de actuar que han sido configuradas por la historia. La realidad palpitante de América Latina nos pide un itinerario para vivir la profunda experiencia de fe de la Iglesia como religiosos. La Iglesia no debe seguir yendo hacia donde está yendo. Estamos en un punto de no retorno. Estamos ante la exigencia pascual de la muerte y resurrección como ha intuido la CLAR al tomar como icono para este trienio el de Betania.